

LIBROS

Metáforas de la metáfora

Márgenes del Lenguaje. Metáfora y conocimiento, por Diego Parente, Ediciones Suárez, Serie Tesis, Mar del Plata, Argentina, 2002.

Si, como Borges sugiere con estilo barroco, la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas (pocas) metáforas, basta leer cualquier ensayo, o tratado, de las modernas filosofías del lenguaje (y tal vez de las antiguas) para advertir que hay más teorías de la metáfora que metáforas. A menos, claro está, que se entienda, o se imagine, en cada teoría una metáfora, una traducción, de otras teorías, esto es, de otras metáforas y se acomode la historia universal de acuerdo, en un acorde, o en una suma de acordes: una sinfonía, de esta imaginación. El libro, la tesis, de Diego Parente no está exento de estos deslizamientos (al menos mi lectura del libro no lo está), algunos de los cuales serán equívocos para algunas teorías, o metáforas, y para otras serán aciertos, y viceversa, sin descontar otras combinatorias de interpretación, de traducción, traslado o mudanza, pues la metáfora se hace de muchas maneras. Por ejemplo, estoy dispuesto a asumir la mayoría de las conclusiones de Parente, en especial su antiplatonismo, sólo que mi disposición nace de premisas opuestas a las suyas; en particular disiento de su ordenación conceptual en cuanto que asimila el pensamiento de Ludwig Wittgenstein y Donald Davidson al de Gottlob Frege y al “racionalismo”, y no ve en aquellos la ruptura pragmática con los berenjenales platonizantes o psicologizantes de estos: en el uso de un signo lo decisivo es el contexto (práctico antes que teórico) y poco importan los “conceptos correctos”, si es que hay algo así y no son una ilusión metafísica: esa retórica que permite distinguir lo “propio” de lo “figurado”, y mucho menos, o casi nada importan las “metáforas conceptuales subyacentes”, en las que el mismo Parente ejerce un lúcido descreimiento en cuanto a su capacidad explicativa o descriptiva (y en las que yo tiendo a ver un resabio de los “*Gedanken*” fregeanos). Comparto también con Parente (y con Davidson y con Nietzsche y

tal vez con Wittgenstein y tal vez no con Aristóteles) su inteligencia, o imaginación, de que los límites entre lo literal y lo metafórico no son claros, y hasta diría -siempre en la misma compañía- que son, fuera de algún intercambio donde pueden ser confusos, más que borrosos: inexistentes, y sólo se justifica la distinción nominal entre ellos (y respecto a otros usos y énfasis) por el grado de inteligencia (imaginación, creación o inventiva) que requiere en cada caso la formulación o/y la interpretación de un texto, su traducción, traslado o mudanza, o sea: su metáfora.

Por otra parte, el título del libro, que coloca las cuestiones de la metáfora y del conocimiento en los márgenes del lenguaje, puede parecer a algunos, quizás al autor, una ironía o la denuncia de una situación que debe ser modificada; para otros, y aquí cabe mi nombre, es una adecuada imagen de la cabal excentricidad de los fenómenos lingüísticos, cuya superficie está en todas partes y el centro en ninguna.

En suma, un aporte que estimula la discusión filosófica, la renueva y la prolonga, alrededor de la problematicidad de la metafísica: ¿es posible nombrar, o describir y explicar, la naturaleza de las cosas, incluida la metáfora? ¿o sólo podemos, como quería Nietzsche, intentar metáforas y a la larga, por la anestesia del hábito, olvidar que son metáforas? ¿o, como prefiero, intentamos decir lo que las cosas son, el rayo de Zeus, el sujeto trascendental, las matemáticas y la larga nos damos cuenta de que sólo hemos ofrecido metáforas? Todas estas cuestiones reciben alguna luz, una tenue luz, en este libro y permite ver un paisaje que no se podría ver con otras luces y ejerce lo que imagino como mayor virtud de un discurso crítico: tiene la piedad de no encandilar.

Daniel Vera